



El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX), de Pedro Rújula y Javier Ramón Solans (Eds.)

The Challenge of Revolution.

Reactionaries, Anti-liberals and Counter-revolutionaries (XVIII and XIX centuries), by Pedro Rújula and Javier Ramón Solans (Eds.)

Reseña bibliográfica de Fabricio Ezequiel Castro

Universidad de Buenos Aires,

Instituto de Investigaciones Gino Germani. CONICET.

Correo electrónico: fabriciocastro72@gmail.com



Datos del libro: Pedro Rújula y Javier Ramón Solans (Eds.). *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*. Granada: Comares, 2017, 356 páginas.

Palabras clave: Reaccionarios, conservadores, modernización, liberalismo.

Keywords: Reactionaries, Conservatives, Modernization, Liberalism.

Suele identificarse al período que abarca desde finales del siglo XVIII hasta principios del siglo XIX como aquel en el cual batallan dos modelos de sociedad incompatibles entre sí. La disputa distingue por un lado a los ilustrados-revolucionarios, cuyo fin es la emancipación social respecto de los sectores privilegiados ligados al catolicismo y a la nobleza feudal y, por otro lado, a los reaccionarios antiliberales, contrarios a la modernidad política y a sus ideales de democratización social. Los primeros representan a las fuerzas progresistas, al avance de lo nuevo, en contraste con quienes desean mantener vigente el modelo estamental y tripartito entre la monarquía, la nobleza y la iglesia católica.

De este modo, se vuelven visibles dos grandes posturas definidas por su dirección y velocidad. Así, los progresistas ilustrados serían aquellos que avanzan empujados por la novedad y trabajan en provecho del progreso de la razón, mientras que sus oponentes tendrían como cometido ralentizar, anular y/o perturbar dicho proceso para, de ser posible, frenar la evolución histórica y mantener indemne el viejo régimen oponiendo una fuerza política equivalente pero de dirección contraria. Ambos modelos rivalizan bajo distintas denominaciones: progresistas *versus* reaccionarios, revolucionarios frente a contrarrevolucionarios, reformistas contra conservadores, entre otras.

Esta simplificación de tan importante período de la historia contribuyó al desconocimiento sobre aquella parte denominada “reaccionaria” (no sin cierta carga peyorativa) cuyas posiciones fueron quedando atrás, siendo cada vez más deslegitimadas precisamente al calor de las progresivas victorias revolucionarias. Se formuló en consecuencia un cierto sentido común histórico que desestimó los escritos de la facción contrarrevolucionaria. Su lectura pertenecería entonces únicamente a los polvorientos anaqueles de la historia de las ideas, de tal modo que muy pocos, por no decir ninguno, reaccionarios, antiliberales o anti-modernos, podrían decirnos algo valioso sobre nuestra organización política y social actual. Son autores anticuados, anacrónicos ya en su época.

El libro que reseñamos combate minuciosamente lo que sus compiladores, en la introducción, han dado en llamar el *paradigma de la revolución*, que no es otra cosa más que la división binaria entre quienes luchaban por un progreso racionalista y quienes reaccionaban contra lo novedoso en pos de una defensa irracional de la vieja sociedad. A dicho paradigma, que los académicos Pedro Rújula y Javier Solans quieren desterrar, le oponen la *paradoja de la reacción* que sostiene, a la inversa del discurso dominante, la relevante contribución de los autores reaccionarios a la modernización, aunque a veces de modo indirecto o no deseado, así como a la utilización inteligente de razonamientos, autores e instrumentos propios de la modernidad para, paradójicamente, combatirla.

En consecuencia, el texto se propone complejizar el binomio revolución/reacción en los siglos XVIII y XIX. Para lograrlo recurre a una vasta cantidad de artículos (diecinueve en total, más la introducción que referimos) de muy diversa temática, pero que a su vez confluyen hacia el objetivo único de ilustrar la *paradoja de la reacción*. Como resultado, pierde fuerza la linealidad simple del binomio en favor de una imagen más compleja y robusta de la historia.

La gran variedad temática, lejos de confundir al lector, refuerza el objetivo planteado. Los diecinueve artículos se agrupan en cuatro grandes líneas. En la primera se articulan los trabajos relativos a la monarquía borbónica, en particular la española, durante el tumultuoso ciclo que va desde la revolución francesa hasta el retorno de Fernando VII al poder, previo paso por la Constitución de Cádiz. El apartado se denomina “Monarquías borbónicas en el crepúsculo del antiguo régimen”. La segunda sección, titulada “La movilización: de lo local a lo internacional”, contiene una serie de aportes cuyo núcleo se dedica a comprobar la formación de mecanismos de movilización popular anti-liberal, lo que refuta la creencia de que este sector político anclaba su fuerza únicamente entre las élites del viejo régimen.

Por su parte, la tercera sección se concentra sobre las disputas ideológicas, haciendo foco en la utilización de la prensa escrita por parte de los reaccionarios,

Fabrizio Ezequiel Castro

Reseña bibliográfica de

El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX),
de Pedro Rújula y Javier Ramón Solans (Eds.)

para contrarrestar la difusión pública de las ideas liberales, lo que habla nuevamente de la adaptación reaccionaria a las novedades de la modernidad. Los compiladores recogieron estos escritos bajo el título de “El campo de la batalla de las ideas”. Finalmente, el cuarto apartado (“Catolicismo y modernidad, ¿Una relación paradójica?”) indaga sobre la relación entre la Iglesia católica y las innovaciones modernas, tanto técnicas como políticas, para mostrar, mediante un novedoso punto de vista, la necesidad de relativizar la automática enemistad u oposición entre el catolicismo y la modernización.

La diversidad temática da cuenta de la riqueza de contenido presente en el libro que reseñamos. Si bien la publicación nos llega desde España, geografía sobre la que se concentran la mayor cantidad de trabajos, existen otros artículos que desbordan la frontera ibérica: tres sobre Italia, dos dedicados a Francia y dos a Latinoamérica (la América colonial y Argentina), lo que expresa un gesto por ampliar la mirada a otras regiones, imprescindible dado el carácter internacionalista de la acción contrarrevolucionaria durante el período de interés.

Además, varios ensayos rescatan figuras enterradas por la historiografía liberal. Rescatarlas permite, a través del ejemplo biográfico, ilustrar la complejidad de esta época. Se detallan entonces los casos de José Pablo Urribarri, Sebastián Sánchez Sobrino, el Marqués de Villapanés y Lorenzo Thjulen.

Por último, otra contribución interesante resulta del contraste entre los estudios históricos cuya mirada se sitúa “desde abajo” y aquellos en dónde se busca renovar la lectura de grandes procesos históricos. Por ejemplo, para los primeros se relata en diferentes artículos el crecimiento de la movilización popular reaccionaria que, combinados, abarcan desde la guerra de convención española hasta la huida de Pío IX a mediados del siglo XIX. Ejemplo de lo segundo son los análisis sobre la lucha internacional reaccionaria y las nuevas formas que se vio obligada a adoptar así como, ya en el plano de las ideas, se reconstruyen las influencias modernas de los teóricos monárquicos.

Fabrizio Ezequiel Castro

Reseña bibliográfica de

El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX),
de Pedro Rújula y Javier Ramón Solans (Eds.)

En suma, el trabajo responde de modo eficaz al vacío académico que pesa sobre los sectores anti-liberales. Traerlos a la luz no supone, en lo absoluto, la adscripción de los autores a dicho ideario, sino que se trata de reconocer con mayor sutileza las tensiones entre ambos bandos. Por lo tanto, desde nuestro punto de vista, la principal lección de este texto refiere al carácter igualmente moderno de los actores reaccionarios. Es decir, su anti-modernidad no significó la pura negación del progreso sino simplemente la postulación de una *modernidad alternativa*, y de ahí que sea difícil hablar de un desprecio absoluto por “lo nuevo”.

Por último, a pesar de su intención rupturista, el texto replica solapadamente aquello que viene a criticar cuando, ya desde el título, aunque también en los artículos, omite una reflexión sobre los términos *reaccionario* y *conservador*. ¿Puede pensarse a estas denominaciones como una consecuencia más del “paradigma de la revolución” denunciado? ¿Qué significa propiamente reaccionar o conservar? ¿No reaccionan, en definitiva, todos los actores políticos “contra alguien”? Y, finalmente, ¿es posible decir que la condición de *reaccionario* implica más una acusación política peyorativa y menos un concepto teórico, con independencia del justo repudio que generan hoy en día algunos teóricos o procesos históricos anti-liberales? La ausencia de este tipo de reflexiones podría imputarse al texto, dado que se arrastran ya desde su título. No obstante, lo referido no daña en absoluto su objetivo. En efecto, sin dudas, los trabajos compilados por Rújula y Solans logran cuestionar el *paradigma de la revolución*.

Si hasta aquí hemos realizado un abordaje general, en el siguiente apartado resumiremos brevemente el contenido de cada uno de los artículos que dominan las secciones.

I.

La primera sección del libro, “Monarquías borbónicas en el crepúsculo del antiguo régimen”, trata sobre los desafíos de la dinastía de los Borbones durante el periodo revolucionario francés. Inaugura el apartado el trabajo de Pedro Rújula, quien a través del concepto de *patriotismo monárquico* se propone rescatar el apoyo popular a la monarquía española a través de tres sucesos que la pusieron en peligro: la guerra de la convención contra Carlos IV, la posterior formación de juntas provinciales en rebelión a José Bonaparte y, finalmente, el regreso al trono de Fernando VII. En las tres ocasiones, los reyes considerados legítimos fueron defendidos por las masas populares. Este papel fue ocultado por la historiografía liberal. Del mismo modo, Ivana Frasquet ilustra los argumentos reaccionarios utilizados en la América colonial para validar la independencia, enfrentándose así a la posición que identifica revolución e independencia americana sin realizar las distinciones adecuadas. Dicha identificación, según la autora, es producto de una construcción teórica bastante posterior a los acontecimientos.

Jean-Philippe Luis, por su parte, reconstruye la ambivalencia de las políticas económicas de la monarquía española en sus dos periodos de restauración ocurridos en las primeras décadas del siglo XIX. En su trabajo, describe la adopción de algunas medidas para la modernización de la administración a la vez que el monarca lidiaba con la tensión entre aprovisionar al tesoro y afectar los intereses tradicionales de la iglesia y de la nobleza. Su conclusión general resalta que todavía los intereses económicos fueron subordinados a los objetivos políticos. Por último, Silvia Sonetti, se ocupa de la monarquía borbónica napolitana de 1860 e intenta revisar la excesiva simplicidad de la oposición entre *risorgimento* y *antirisorgimento* cuando, en rigor, el carácter diversificado de las posiciones en juego impide la adscripción automática a uno de los dos polos.

II.

La segunda sección, titulada “La movilización: de lo local a lo internacional”, se dedica a estudiar los procesos de organización popular de las fuerzas contrarrevolucionarias. Álvaro París Martín comenta la formación de sectores anti-liberales del pueblo español para la década de 1823-1833. Argumenta que tanto estos grupos como los organizados por los liberales adoptaron formas novedosas de resistencia. Desmintiendo toda cooptación, el autor cifra los motivos del rechazo popular al ataque liberal a una serie de lazos comunitarios ligados a la tierra y ahora perdidos. Por otro lado, el artículo conjunto escrito por Andoni Artola, Javier Estaban Ochoa de Eribe y Koldo Ulibarri repasa la historia del reaccionario vasco José Pablo Ulibarri, ejemplo de la resistencia popular a la revolución. Este personaje, un herrero local y carlista, defiende la tradición vasca sin recurrir a ideologías separatistas. En especial, resulta curioso el peso crítico del argumento en favor del “santo” lenguaje euskera, al que hay que proteger frente al “diabólico” avance modernizante del castellano.

Gregorio Alonso, por su parte, reconstruye la fracasada movilización de voluntarios españoles para luchar en defensa del papa Pío IX, exiliado de Roma luego de la conquista de la ciudad en manos de los nacionalistas italianos. La insuficiencia de soldados voluntarios pone en suspenso la supuesta solidez del catolicismo de los españoles de mitad del siglo XIX. En otro artículo, Alexandre Dupont adopta una perspectiva internacional para detallar las innovaciones que el movimiento europeo contrarrevolucionario debió ir adoptando para no quedarse atrás frente a los revolucionarios. Para Dupont, los contrarrevolucionarios asumieron una estrategia que no puede calificarse sin más de antimoderna, sino que en rigor debemos hablar de *modernidad alternativa*, cuyo contenido diferiría sólo en parte del de los revolucionarios. Cierra esta sección Carmine Pinto, quien reconstruye la resistencia de los seguidores de la monarquía borbónica del reino de las Dos Sicilias para el periodo 1861-1870.

Verifica la creciente búsqueda de apoyo entre el pueblo, gesto que replicaron otros monarcas de Europa para sostener su legitimidad. La búsqueda “desde abajo” es una de las notas salientes destacadas por el articulista, pues da cuenta de la modernización política de los reaccionarios, otrora más proclives a la política de élites.

III.

El tercer apartado de este libro da cuenta de “el campo de la batalla de las ideas”. En ella los artículos trabajan sobre importantes teóricos políticos reaccionarios y, además, sobre el uso de la prensa escrita para influir sobre la opinión pública. La primera articulista, Carolina Armenteros, repasa el pensamiento conservador francés entre 1771-1831 y encuentra algunas características comunes. Entiende por conservador la defensa de la verdad emanada de la historia o, lo que es lo mismo, de la importancia de los hechos por sobre la razón humana. Repasa brevemente las ideas principales de algunos destacados pensadores monárquicos y analiza cómo la historia del pensamiento político ha perdido de vista el lazo entre los teóricos de la monarquía y el liberalismo aristocrático y/o eclesiástico, en virtud de la influencia de Montesquieu sobre ellos. Destacando similitudes y diferencias, resume las obras de Marie de Lezardiere, Joseph de Maistre, del conde de Saint-Víctor, Montlosier y, finalmente, Chateaubriand.

Por otro lado, Gonzalo Capellán de Miguel estudia lo que se conoce como la “guerra de diccionarios” ocurrida en plena revolución francesa. En particular, se concentra en el diccionario de términos políticos publicado en 1799 por el italiano Lorenzo Thjulen y cuyo objetivo fue la rectificación del significado correcto del vocabulario político, objeto de confusión debido a la nueva terminológica revolucionaria. En cambio, Fernando Duran López destaca el recorrido periodístico del Marqués de Villapanés desde las páginas del periódico *El procurador*. La importancia de esta publicación demuestra el modo en el que los

reaccionarios recurrieron a la opinión pública, instrumento típico de los liberales en España. En el mismo sentido, Gonzalo Butrón Prida analiza el periódico *El restaurador*, desde cuyas filas se intentó influir contra la propuesta francesa de obligar al rey español Fernando VII a firmar una carta constitucional con posterioridad a la invasión de los “cien mil hijos de San Luis”. Por otra parte, haciendo un cruce entre literatura y política, Marie Salgues revisa las obras teatrales absolutistas dedicadas a Fernando VIII durante el primer tercio del siglo XIX. Mediante esta tarea, busca probar el dinamismo de la reacción y su aparición en todos los frentes de la vida social. En cambio, Antonio de Francesco describe los avatares de la colección francesa de libros políticos conocida como *Brouchures populaires sur la révolution française*, publicada entre 1875 y 1889. El estudio de esta colección le sirve al articulista para refutar a aquellos que consideran a este periodo de la historia francesa como laico, republicano y democrático sin fisuras ni resistencias aparentes.

IV.

Los últimos cuatro artículos se incluyen dentro de la sección “Catolicismo y modernidad, ¿una relación paradójica?”, en la cual se estudia la reacción de la Iglesia católica frente a los avances de la modernidad. Si típicamente fue considerada una relación de oposición, los artículos aquí presentes ponen en duda dicha afirmación. Comienza Antonio Calvo Maturana, quien se permite hablar de una “contrarrevolución ilustrada” a través del ejemplo de Sebastián Sánchez Sobrino, un reaccionario que lejos de negar la importancia de algunas reformas y avances de la ilustración, los considera valiosos. En segundo lugar, Daniele Menozzi, estudia el mensaje que la iglesia católica difunde entre sus fieles hacia finales del siglo XIX. De su estudio, surge que la curia romana no desprecia en bloque la modernidad, sino que incluso llama a utilizar sus instrumentos con el objetivo de impedir los avances políticos y jurídicos contra la iglesia. Concluye

que la dupla catolicismo-modernidad no constituye una oposición del todo válida.

En el mismo sentido, Roberto Di Stefano ilustra cómo para los liberales argentinos la iglesia fue considerada más un instrumento de la modernización y menos su oposición absoluta, aclaración necesaria debido a que suele extrapolarse el caso de México al resto de América Latina, donde la presencia de la Iglesia sí fue un factor determinante contra las reformas liberales. Di Stefano destaca la preeminencia del modelo galicano en las relaciones entre el Estado y la Iglesia argentinas, frente a los proyectos ultramontanos y a los secularizadores. Finalmente, desde una perspectiva de género, se abordan las características principales de la *feminización* del discurso de la Iglesia de fines del siglo XIX. Con esto en mente, Raúl Mínguez Blasco detalla la importancia, en aquellos años, del culto a la virgen María. Junto a la difusión de la idea de que las mujeres son más religiosas que los hombres por inclinación natural y al creciente estímulo eclesiástico a las congregaciones femeninas, es indudable colegir el crecimiento del rol de la mujer dentro de la Iglesia católica. Hacia el final, el articulista se pregunta si existe una relación entre la mayor relevancia de la figura femenina y el combate contra las ideas de la modernidad liberal.

Como puede verse, el presente recorrido no buscó realizar una reconstrucción pormenorizada de los contenidos del texto que reseñamos. Dada la enorme variedad temática que contiene dicha tarea es imposible en unas pocas líneas. Simplemente, hemos presentado los tópicos abordados por cada uno de los escritores y los hemos vinculado a la intención general del libro para demostrar su riqueza, variedad y utilidad en un amplio campo de las ciencias sociales. La invitación surgida de sus páginas es la de revisar los paradigmas anclados sobre prejuicios historiográficos acerca de los orígenes de la modernidad y de la victoria de sus supuestos fundamentales en un período tan crucial como el inaugurado por la revolución francesa de 1789.